

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8171

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONO NUMERO 2

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, EDIFICIO A.

Jueves 31 de Enero de 1889

CANTARES

Para bistechs Inglaterra
Y para esencia el moro;
Para chocolate, EL BARCO
Que gana medallas de oro.
Si hablas de té y calés
Mira no melar la pata
que los que elabora EL BARCO
Tienen medalla de plata.

Los cafés empacutados y tea de la gran
fabrica EL BARCO DE VALENCIA han obte-
nido la *medalla de plata* en la Exposi-
ción Universal de Barcelona, y los chocolates
la *medalla de oro*.

Requiere para las ventas al por mayor
en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez
Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

TAPICERO ADORNISTA

SE NECESITAN COSTURERAS

Medieras, 6, segundo.

La Olla

CENTRO DE NOVEDADES

Vías y Sánchez
María España, 46, Cartagena

Al contado cinco por ciento
de descuento en las compras que
excedan de 50 pesetas.

Libros ligeros para taller
CONFECCIONES

Terlopielos

LOS CONSUMOS.

Es la más impopular de las
contribuciones, y no parece sino
que para el fisco ha inventado
la fórmula de ella en el fondo,
y en la forma.

Están con las palabras con que un tra-
tadista define el impuesto de consumos.

Hay que remontar su antigüedad a los
romanos; después, en la Edad media,
apareció la *alcabala*, estableciéndose en
1244 por D. Alfonso X, al impuesto
regularizado, tal como lo conocemos. Pero
su antigüedad y sus timbres, no pueden
borrarse que sea intolerable, odioso y re-
pulsivo su forma de aplicación siempre ha
sido de una manera que ha perjudicado
y sus fieltros y sus agentes, siempre fueron
víctimas de las iras populares.

Los hacendistas lo proclamaban como an-
ticonstitucional; los médicos de antigüedad,
los estadistas de actualidad e impopu-
lar.

Es un impuesto que produce el más pro-
ductivo de los recursos para el fisco, es una gran
ra comercial, dificulta la acción de las
fuentes de riqueza.

Es antihigiénico, porque entorpece las
primeras materias, las materias alimenticias,
salida de las poblaciones.

Antipolítico y antisocial, porque conarla
la libertad, enciende el amor popular, gra-
vita la riqueza pública y es un arma del ca-
ciquismo y del favor.

Sin embargo de estos cargos formidables

sobre el impuesto, hechos todos los días y
proclamados en todas partes, el impuesto
de consumos figura en todos los pre-
puestos del Estado y jamás se ha conseguido
su completa desaparición ¿Es acaso que
tiene alguna razón que la defiende? Para
y simplemente parece ser la razón de con-
veniencia en un erario exhausto, y pobre y
en la dificultad de ser sustituido por otro
equivalente.

De manera, que mientras no aparezca
una lumbrera rentística, hemos de ser víc-
timas de registros y depósitos, de radios y
resguardos, y de los mil y mil medios ve-
jatorios de los agentes cobradores, siempre
contrarios a la voluntad de los más, por-
que son intereses que sobre ser encontra-
dos, son odiosos por su naturaleza mis-
ma.

Los hacendistas, sin embargo, proponen
varios otros impuestos, entre ellos el de cé-
dulas personales, que está vigente, aunque
parece que no, con la mira de sustitución,
el de capitación, de antecedentes históricos
y de un fracaso durante la administración
de Figuerola, y el de manifestación de todas
las rentas a igual que la célebre ley inglesa
el *in come tax*.

Estas contribuciones, desconocidas en-
tre nosotros, en la forma que pudieran sus-
tituir al odioso impuesto, merecen de-
tenido estudio por parte del pueblo espa-
ñol.

Debe proclamarse, que para constituir
nacionalidad, hay que sostener las cargas
inherentes al Estado; y por lo tanto, son
una necesidad los impuestos.

Pero también es verdad, que los im-
puestos deben ser de la manera más lleva-
dera y del modo menos vejatorio.

Y es evidente, y concluimos, que el im-
puesto de consumos, tal como existe, si no
ricuen pronto reformas capitales en su ma-
nera de ser, establece en las poblaciones
una atmósfera que asfixia.

Varietades.

Solución a la charada inserta en el número
anterior:

AGAPITO

Charada.

Simbolo de la virtud.
Es la primera con dos.
Si a un hombre hago dos letras
Llamo a mi perfidia.
Nada me propio en su casa.
En cuarta Juan se babó.
Verbo es la tres y segunda.
Siendo al todo conclusión.
Una cosa con que alumbra.
De noche mi habitación.

Las soluciones en el número próximo.

LA MUERTE DE GORDON

Contada por un testigo presencial.

Uno de los últimos números del *Daily Te-
legraph*, publicó un extenso telegrama de
Sudán, con detalles interesantes acerca
de la muerte de Gordon, testimoniados por
un griego que se hallaba en Khartum la triste
noche que cayó en poder de los soldados del
Mahdi.

Hace pocas horas llegó a Sevilla el poseedor
de *El Eco*, después de una breve visita con
el general Grenfell que dura agenda horas.
Fue viéndolo por el correspondiente de *Daily Te-
legraph*, que se apresuró a trasmitir a su
periódico la interesante noticia del griego.
La editorial que se refiere a este asunto,
quien estos detalles se refieren, y le viva asus-
tada con que todo el mundo civilizado seguía
las peripecias de la heroica lucha en que per-
dió la vida, así como el misterio que hasta
ahora cubría las circunstancias de su muerte,
nos mueven a reproducir lo más esencial de la
curiosa narración del único testigo presencial
que hasta ahora ha dado cuenta del trágico
fin de uno de los hombres más nobles y es-
forzados de nuestro siglo.

Esta narración, que el general Grenfell se
apresuró a comunicar al gobierno británico,
dice así en el texto publicado por el corres-
pondiente del *Daily Telegraph*:

«Me llamo Demetrio Georgio y soy griego
(de familia griega); pero nacido en Berber. Yo
estaba en Khartum la noche que fue tomada.
Las aguas del Nilo habían bajado de manera
que una parte de la ciudad quedó indefensa.
—Y por qué—preguntó el correspondiente in-
glés—no construyó Gordon nuevas trincheras
y defensas?»

—Porque creía tener bastantes tropas, unos
3 000 soldados, me parece. Las entradas que
deja el río y sus inmediaciones estaban custo-
diadas por fuerza numerosa, a las órdenes de
Farigh Pachá. Aquella noche hizo salir las tro-
pas de esta parte diciéndome que hacían falta
soldados al otro lado. Gordon tenía en el ente-
ro control de la plaza principal.

«Principalmente de quitar del camino a los negros. El
ataque se efectuó en dos puntos. En la noche
mayor no hubo resistencia.
—¿Oce usted que los oficiales y los solda-
dos habrían entrado en la conjuración?—pre-
guntó el periodista.

—Yo no puedo contestar a eso. De lo que
se sabe es que Farigh entregó la ciu-
dad.

—¿Oce usted que si los ingleses hubieran
llegado tres días antes se hubiera podido sal-
var la plaza?»

—Si los ingleses—replicó Georgio—hubie-
ran llegado una hora antes del ataque, aun-
que fuera en corto número, la plaza no se
hubiera rendido y las tropas habrían combati-
do hasta el último instante. Farigh había en-
viado a decir al Mahdi: «Si no atacas esta
noche todo se ha perdido.» Aquella noche
no hubo más que sangre y llamas; la ciudad
había pasado de poder de Gordon al del
Mahdi; fue una noche horrible, espantosa,
que recordaré mientras me quede un soplo de
vida.

«El aire repañó con eco infernal gritos an-
gustiosos, alaridos de espanto, gemidos y
lamentos y donde quiera se oía olor de
sangre humana. Yo tenía tres amigos, griegos
también, y me apresuré a ponerlos en salvo.
Tenía yo dos uniformes de mahdista, que me
había dado un árabe amigo. Di uno de los
uniformes y yo me puse el otro.

«Concedida a amanecer, y al dirigirse a mi
casa por mis amigos, algunos árabes vinieron
corriendo, y me dijeron que debía ir al palacio
del gobernador en el acto.

«—¿Por qué?—pregunté.

«—Porque todos los oficiales del mahdi-
mo contestaron: «Han ido allí a matar a Gor-
don Pachá.»

«Entonces en este momento que uno de mis
amigos me vestió uniforme del Mahdi, y le
dije: «¿Por qué?»

«—Porque si no me pongo el traje de nuestro
señor Mahdi?

«El infeliz, a efecto del miedo, no pudo

«contestar. Entonces uno de los mahdistas
me pidió que me fuera a la casa de Gordon,
donde se encontraba, e inmediatamente
me quitaron la vida.

«Después de esto me llevaron al palacio del go-
bierno y allí Gordon Pachá me condujo al
balcón que da frente al río fumando un ca-
garro.

«—¿Por qué parte entró Vd. en el palacio?
—preguntó el correspondiente.

«—Por detrás. Nosotros entramos en el pa-
lacio por la parte donde está el sicomoro.
Habían colgado abajo la puerta. Con Gordon
estaba el médico mayor de las provincias del
Sudán y Nicolás Lemendita, el cónsul de Gre-
cia; 500 derwiches enviados por el Mahdi con
órdenes especiales de coger vivo a Gordon,
estaban al pie de la escalera.

«Yo fui enviado por la gente del patio, que
vociferaba: «¡Gordon Pachá! ¡Gordon Pachá!
Gordon, con imperturbable frialdad, se retiró
del balcón. «¡Haya Vd.!» le dijeron los otros
dos. «Todavía es tiempo. Al pie de la puerta
escasada está amarrado un bote.»—«¿Ho de
huir y dejar mi puesto?» replicó Gordon con
indignación. «Eso sería deshonesto. No huiré.
Y entrando en su habitación se vistió de gran
uniforme, y erizó la espada. Así lo vi salir con
la cabeza alta, luciendo su aventajada estu-
tura. En su rostro se veía un gesto de despre-
cio.

«—¿A quién buscáis?—preguntó dirigiendo
la mirada a la embrocada multitud de
derwiches que se extendía a sus pies, y que
continuaba ensordeciendo el aire con sus
gritos.

«—¿A Gordon Pachá—contestaron.

«—¿Qué estoy yo?—preguntó.

«Otra vez el médico y el cónsul le invitaron
a que huyera, pero él rechazó desdenosa-
mente el consejo, insistiendo en que la fuga
sería vergonzosa. En aquel momento no hu-
biera podido huir fácilmente por donde le
habían indicado.

«Los derwiches tenían orden de no matar a
Gordon si a ninguno de los que estaban con
él, sino únicamente de permanecer en el pa-
lacio y guardar las salidas. Eran unos 500.
Habían guardado su bandera en la puerta del
edificio; y en cumplimiento de las órdenes
que tenían, permanecían en el patio, mien-
tras Gordon, en el balcón arriba, continuaba en
lo alto de la escalera principal. En esto he-
gan algunos generales del Mahdi, entre ellos
Nasr, hermano de Abu Girgen, y un sobrino
de Abul Tahman El Nedjai Jumi.

«Los derwiches les dejaron pasar viendo que
eran personas de autoridad. Subieron la
escalera y preguntaron por el Pachá. Gordon
les salió al encuentro diciendo:

«—Yo soy Gordon Pachá.

«Al mismo tiempo les entregaba su espada a
un guerrero militar, indicando con esto que sabía
que la plaza había sido tomada, y que por
consiguiente se rendía de acuerdo con los
usos de la guerra. Pero Nasr se la arrancó
violentamente al tiempo que descargaba un
golpe traidor sobre el Pachá, que hubiera
vendido cara su vida de sospechar que no se
le trataba honrosamente. Gordon cayó al
suelo y rodó las escaleras, y entonces otro de
los generales le tiró en el costado izquierdo,
con lo que le quebró el cráneo. Así murió
Gordon. Yo estuve presenciándolo todo hasta
el fin.

«Cuando Hady el Zobeir, tesorero de Mahdi,
que estaba al pie de la escalera, vió lo que
había pasado, comenzó a dar voces diciendo:

«—¡Wallah! ¡Te han matado! ¡Que Allah les
pida cuenta de tu sangre! ¡Que Allah les
pida cuenta de tu sangre!»

«—Durante tres días los árabes se ocuparon